

texto  
V́ctor Raga

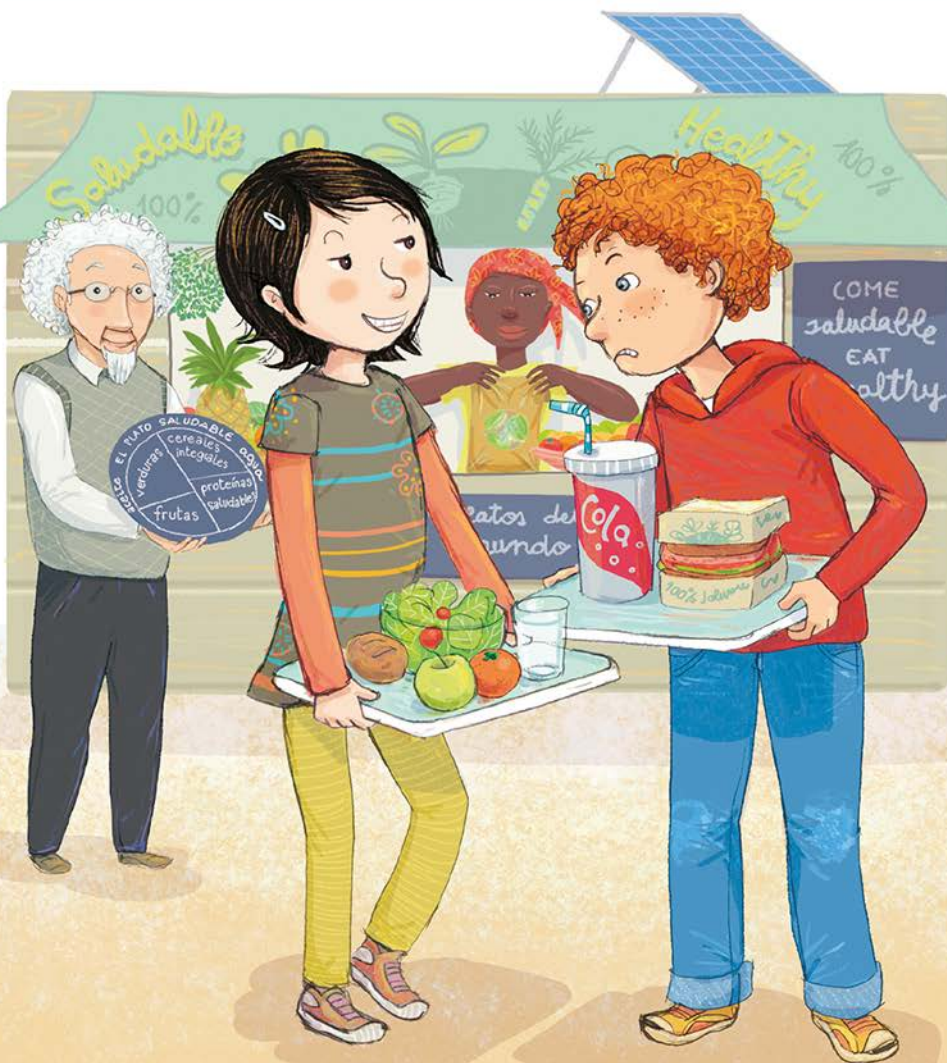


dibujos  
Montse Espaol

algar

# ¡A la mesa!

Explora el mundo de la alimentaci3n con el se1or Cantalombardi



*Redondo como el plato saludable*

Hay tres cosas en la vida que me sacan de quicio: la primera, las divisiones con decimales; la segunda, la limpieza anual de los dientes, y la tercera, el agujero de los donuts de chocolate. Pero hay una cuarta que todavía me da más rabia, y es que Elena me llame *preciosidad* y me trate como a un crío. Ya es bastante tener que aguantarla todos los días en clase. Encima vivimos en el mismo edificio y vamos

juntos a todas partes. «Es que siempre coméis en un mismo plato», dice mi madre, que es como decir que somos uña y carne. Pero yo no soy su osito de peluche, y hay cosas que no estoy dispuesto a tolerar. Me llamo Martín, con acento en la *i*, que quede claro. Ni Tino ni Tinito, ni mucho menos *preciosidad*.

Un día quedamos en casa del señor Cantalombardi para bailar. No es que tuviésemos que bailar con el señor Cantalombardi, pero el hombre estaba enseñándonos los pasos de la jota. ¿Sabéis lo que es una jota, no? No me refiero a la letra del abecedario, sino a un baile tradicional que se llama así: la jota. A final de curso tenemos que representar una función en el colegio, y Elena y yo somos pareja de baile.

Pareja de baile, ¿eh?, ¡nada de ser novios!  
¡Puj!

¿Que quién es el señor Cantalombardi?  
Buena pregunta. Es un hombre mayor, ya jubilado, que vive en el ático de nuestro edificio. Antes de conocerlo pensaba que era el hombre del saco, pero después descubrimos que era una especie de científico, un tipo un tanto extraño que sabe de todo, de cocina y de solfeo, que igual puede guisarte un arroz caldoso como tocar la pandereta. Hace tiempo Elena y yo lo defendimos contra unas malas personas que querían echarlo de su casa, y por eso nos hicimos amigos.

Nos lo pasamos bien juntos. Su terraza está abarrotada de instrumentos para medir los fenómenos atmosféricos, tiene un vivero para criar plantas y un telescopio superpotente para observar los cráteres de la Luna. O para espiar al vecino de enfrente cuando se hurga la nariz, je, je.

Elena siempre está preguntándole cosas al señor Cantalombardi, y él nos enseña todo lo que sabe.

A mí me encanta merendar sentado en el balancín de su terraza. No hay nada mejor que beberse una botella de litro y medio de cola y zamparse un paquete de patatas fritas familiar y una caja de chokolatinas mientras ellos dos hablan y hablan por los codos. Eso es la buena vida, ¡sí, señor!

Pero, como siempre, Elena tiene que echarlo todo a perder. Aquel día estábamos merendando tan tranquilos cuando de golpe y porrazo la *Todomeloseporquesoylamardelista* va y me suelta:

–Si no paras de comer patatas fritas y bombones de chocolate, te pondrás malo de la barriga. Es una mezcla fatal. Pero fatal fatal.



«Fatal», sí, fatal y de cabeza al hospital. ¡Y qué más! Fijaos cómo habla, la niña. ¡Ya me diréis, los humos de marquesa que se gasta!

—¿Tú no has oído hablar de la propiedad conmutativa? —protesté, y se me escapó un eructo—. Todos los alimentos se mezclan en el estómago, y el orden en el que llegan dentro no altera el resultado de la digestión.

—Sí, tú ándate con bromas, pero cuando *querrás* no podrás.

«Cuando *querrás* no podrás», ¿qué os había dicho? A Elena le gusta hablar con frases de abuela, como si yo fuera un crío de tres años y ella tuviese que limpiarme la baba.

—Tú no eres mi madre, Elena. ¿A ti qué te importa si me hartó de comer patatas fritas o sí...?

En ese momento volví a eructar.

–O si te bebes cuatro vasos de cola y te hinchas como un globo y al final revientas.

–¿Qué pasa? Tengo sed.

–¿Y por qué no bebes agua?

–Porque la cola me gusta más.

–No podrás bailar la jota si no paras de atiborrarte.

–¿Y qué? No me gusta bailar. Ni la jota, ni la pe, ni la hache intercalada.

–Estarás muy mono vestido con los zara-güelles.

–¡Sí, tanto como tú vestida de berenjena!

La discusión estaba subiendo de tono, y el señor Cantalombardi se metió de por medio.

–Venga, basta de discutir, que siempre andáis como el perro y el gato.

–Es culpa suya. Siempre con ese retintín de sabelotodo.



El señor Cantalombardi me puso la mano en el hombro.

–Elena tiene razón, Martín, es importante seguir una alimentación saludable –dijo–. No enfermarás por tomar de vez en cuando un refresco, por ejemplo, pero conviene evitarlo. Entre otras cosas, una dieta desequilibrada puede provocar obesidad.

–Si sigues así, no te entrarán los zaragüelles y no podrás bailar la jota –insistió Elena.

–¡Y dale con la jota! Qué manía con querer bailar la jota. ¡Ya ves tú qué problema! Temblando estoy de no poder ponerme los malditos pantalones esos o como se llamen.

El señor Cantalombardi se echó a reír, pero en seguida se puso serio.

–El problema, Martín, es que si no seguimos una alimentación saludable, podemos padecer otras enfermedades.

